

# Plumazos

DE UN

# Viajero.

---

PARÍS. — BRUSELAS. — HOLANDA. — ALEMANIA  
AUSTRIA Y HUNGRÍA. — LA UNIVERSIDAD ALEMANA  
EL ESTUDIANTE ALEMÁN

---

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. TEODORO

Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8

TELÉFONO 552

1893

---

DR. A. PULIDO

PLUMAZOS

DE UN

VIAJERO

PRECIO :

3 pesetas.

1893

---

Punto de venta: Administración de EL SIGLO  
MÉDICO, Magdalena, 36, 2.º izquierda.

## TRABAJOS DEL AUTOR

EN VENTA

	Pesetas.
<i>Grandes Problemas</i> . . . . .	3
<i>Bosquejos médico-sociales</i> . . . . .	3
<i>Una expedición á las cuevas de Artá</i> . . . . .	0,75
<i>Estrangulación interna</i> . . . . .	3
<i>Oftalmías de los Asilos provinciales</i> . . . . .	1
<i>Estudios médicos</i> (colección de monografías) . . . . .	2
<i>Hojas clínicas</i> (una docena) . . . . .	1,50
<i>La Medicina y los médicos</i> . . . . .	4
<i>París</i> (viaje médico instructivo) . . . . .	3
<i>Las calcinaciones de Huelva</i> (dos folletos) . . . . .	4
<i>Evolución histórica de la Patología</i> . . . . .	1
<i>Las inoculaciones anticólericas del Dr. Ferrán</i> . . . . .	1
<i>Plumazos de un viajero</i> (primer tomo: París, Bruselas, Holanda, Alemania, Austria y Hungría, la Universidad alemana, el estudiante alemán) . . . . .	3
<i>Educación física de la mujer</i> . . . . .	0,60

## AGOTADAS

*Apuntes sobre el estado actual de la Medicina en Portugal y España.* — *Reseña del Museo antropológico del Dr. Velasco.* — *Colección de discursos académicos.* — *Importancia del microscopio en Medicina.* — *El paludismo en Madrid.* — *Un buen tratamiento del hidrocele.* — *Lactancia paterna.* — *De Carabanchel al Paraíso* (estudios manicomiales). — *Sobre el carbunco.* — *Locos delincuentes.* — *Expedición á los balnearios del Norte.* — *Los Manicomios de San Baudilio y de Ciempozuelos.* — *Reformas en los servicios de los Hospitales provinciales.* — *La ovariotomía en España.*

## EN PRENSA

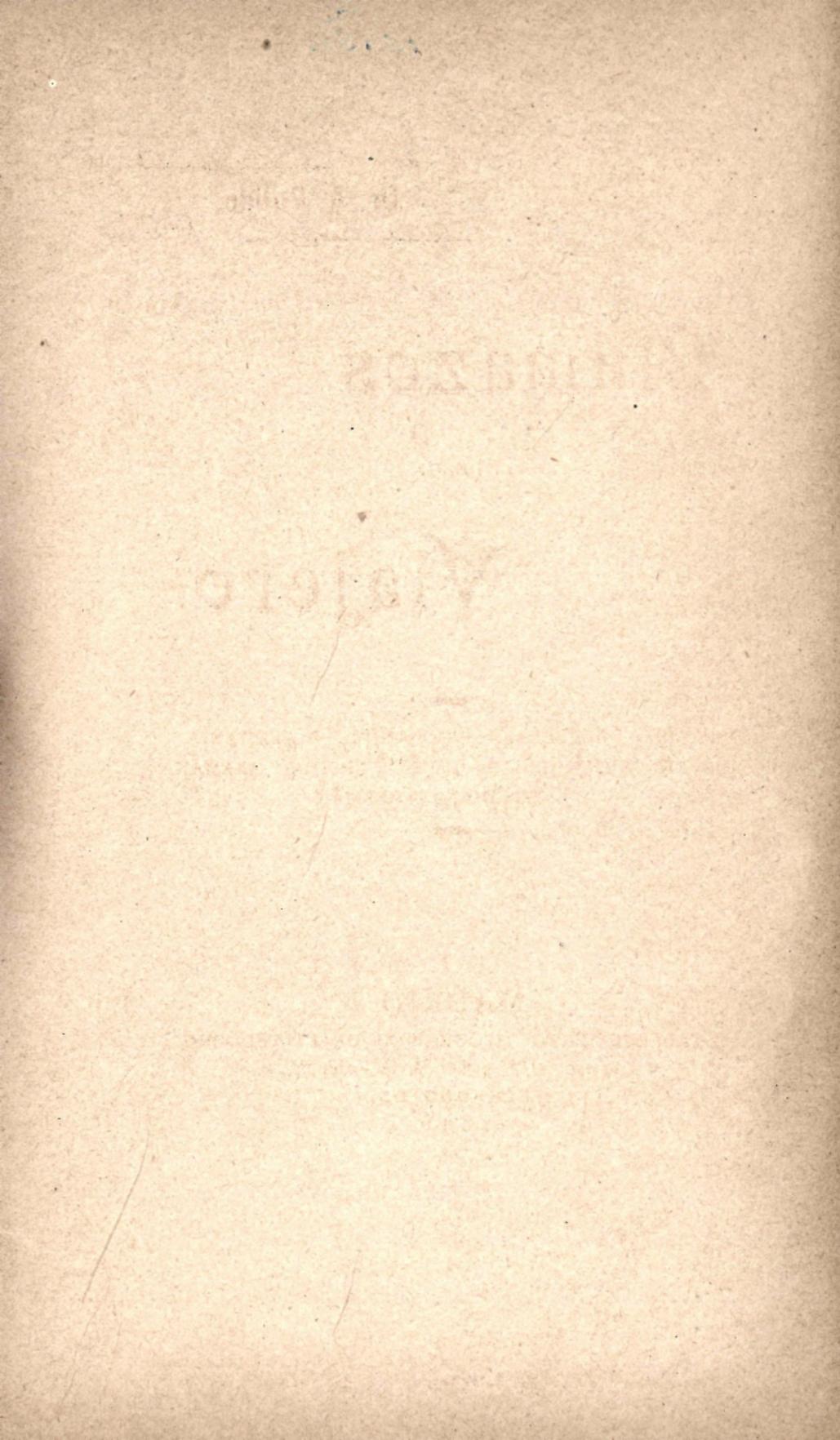
*Cartas sobre la Medicina.*  
*El país de las nieblas* (Inglaterra y Escocia).

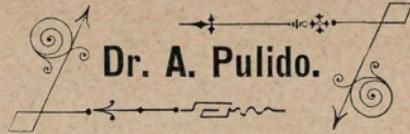


R  
75952

A-1696

PLUMAZOS DE UN VIAJERO





# Plumazos

DE UN

# Viajero.

---

PARÍS. — BRUSELAS. — HOLANDA. — ALEMANIA  
AUSTRIA Y HUNGRÍA. — LA UNIVERSIDAD ALEMANA  
EL ESTUDIANTE ALEMÁN

---



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. TEODORO

Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8

TELÉFONO 552

1893





A.

Doña María Ana Pixó  
de Somolinos,

La más angelical y buena de las  
madres políticas,

Su yerno,

A. Pulido.





## ADVERTENCIA

**N**AN logrado suerte inesperada las cartas que forman este libro : escritas para uno de los periódicos de más circulación en España, y reproducidas después por otros diarios, entre éstos muchos de los que ven la luz en las Repúblicas hispano-americanas, aparecen hoy coleccionadas, porque á realizarlo así nos han inducido reiterados consejos de personas respetables en asuntos literarios.

A los que hayan de juzgar este libro, recordaremos : primero, que su texto ha sido escrito á vuelapluma, las más de las veces

á hora tardía de la noche, con los párpados y el cerebro rendidos al sueño y al cansancio, y con frecuencia sobre las rodillas, entre las sacudidas del tren en marcha; y segundo, que sólo han pretendido registrar con sencillez una impresión superficial de viajero, por lo cual vienen á ser sus párrafos como esos apuntes que en su álbum hace el artista dibujante para consignar un detalle, un trazado, un recuerdo de algo que hiere su vista, ó impresiona su espíritu.

No hemos querido variarlas porque esto nos hubiera comprometido á rehacerlas, y creemos que cuanto hubieran ganado en ilustración y profundidad hubieran perdido en espontaneidad y frescura; cualidades que han contribuído, sin duda, á la estimación con que fueron honradas, y por eso deben conservar.





## PLUMAZOS DE UN VIAJERO

### I

DE MADRID Á PARÍS

París, 14 de Julio.

**P**OCAS líneas debo consagrar al viaje desde Madrid á París, porque en tal grado van dando fin con lo accesorio los adelantos de la locomoción, que ya hoy el viajero puede salvar comarcas vastísimas sin tener más trato con la Naturaleza que el que su deseo apetezca y por su voluntad se busque.

Pocas generaciones, con efecto, habrá en el Mundo tan dichosas, por lo que á este par-

ricular afecta, como la que actualmente agoniza; la mayor de las transiciones en achaques de locomoción ha podido contemplarla y sentirla con toda la energía de los cambios bruscos; ella pasó, sin intermedio alguno, desde el arrastre de las caballerías, el sonsonete de las campanillas y cascabeles, los apóstrofes y juramentos del mayoral, el polvo del camino y las novelescas posadas, hasta la tracción de la locomotora, con el estrépito que causa la trepidación de un tren en marcha, unido á las pitadas y los escapes del vapor, el humo de la máquina y los espléndidos *buffets* de las estaciones; y natural es que, por este motivo, sus individuos han podido conocer, como cosa experimentada, cuáles eran las fatigas de la primitiva arriería, y pueden columbrar la época todavía más venturosa — porque será época más adelantada — en la que trenes rapidísimos, ú otros medios adecuados, salvarán los continentes con la misma prontitud con que hoy se salva una provincia.

Dos noches y un día se necesitan para venir desde Madrid á París, y dos veces que se recorra este trayecto bastan para que ya el ánimo le cruce con la misma indiferencia

que vemos todos los días la calle donde habitamos; se ha sorprendido la característica de las comarcas, por decirlo así, y ya después sólo cabe aburrirse. A la salida de Madrid se contemplan campos de rastrojo, cauces secos y márgenes roqueras que serpean entre cañadas algo verdes; luego el Escorial, que excita siempre la curiosidad, llamando la vista y la meditación sobre los planos y líneas de color gris-amarillento, que á lo lejos denuncian el Monasterio, taladrados con infinito ventanaje, y destacando su misteriosa severidad entre las verdes estribaciones de la granítica sierra. Es una construcción que inspira todo el respeto de inmenso sepulcro.

Cuando caminaba esta vez por delante, se ocultaba el Sol tras las montañas vecinas, y prendía con los últimos rayos el vértice y la cruz de su cúpula central, dándoles el aspecto de una gigantesca tea funeraria.

Siguen luego los hermosos pinares de la Duquesa de Medinaceli, que, apretándose y formando espesas arboledas, dan grata frondosidad al paisaje; después aparece lo de siempre: la noche que avanza poco á poco, la luz escasa que despide el reverbero del techo,

manifestando que, puesto su destino no es alumbrar, procede desvanecerla cuanto antes tras la oscura cortinilla; y hecho esto, viene el reposo hasta la mañana siguiente; luego el molesto despertar de la madrugada, y el saludo á Miranda con su ambiente fresco y sus cafés y chocolates á prueba de cólicos.

Poco después el suelo pierde ya su monotonía, y le alegran los valles y las montañas con sencillos adornos de la vegetación. ¡Oh, cómo madrugan las alavesas, y vestidas con sus faldas azules y sus camisas blancas acuden á labrar la tierra!... Ya tenemos ahí la pintoresca Vitoria con su espléndida vega; después Alasua, y tras de ésta los molestos túneles, que por su oscuridad y estrépito nos hacen tirar sobre el asiento el libro que vamos leyendo; sigue Zumárraga, que forma muy bonito cuadro de frescura y alegría, con una linda decoración de jardín; ¡bravo! Tiempo después San Sebastian, con su mezquina estación nueva, que nos parece un verdadero lujo de percalina; Irún, también con otra estación nueva, y al punto, como tropezándole y echándosele encima, la estación de Hendaya, donde el viajero se despide de España, y

donde hace alto para cambiar de tren y cumplir los registros de Aduanas.

El trayecto por Francia no es más sorprendente : primero recrea la vista el Cantábrico, que se despide ocultándose y reapareciendo varias veces; Biárritz, parásito de nuestra costa Norte, donde vemos bajar algunas familias españolas; Bayona, con las dos flechas gemelas de su catedral; y después, después... las landas de Gascuña, monótonas, fatigosas, interminables, con aquellos inmensos bosques de pinos en apretadas filas paralelas, cubriendo terreno de insoportable llanura y alfombrado de helechos, hierbas indiferentes y florecillas silvestres; de cuando en cuando se ve alguna choza ó casita, alguna siembra de maíz, barricadas de vigas procedentes de las explotaciones maderables, algún campesino, alguna estación... ; pero todo aparece y desaparece con la rapidez del meteoro, para dejar vagando siempre la vista sobre aquellos pinos que exhiben el bajo de sus troncos en parte desnudos de la cortical vestidura, y enseñan el blanco de su leño, impúdica desnudez causada cruelmente por el hombre, quien obliga al árbol á derramar en

su tribulación lágrimas de resina que el cultivador recoge en vasos y transforma en productos como la trementina, la brea, la colofonia... Aquellas excisiones chocan al viajero ignorante, y con razón, porque unas bajas y otras altas, unas rectas y otras algo encorvadas, forman, sucediéndose rápidas, como una contradanza sarcástica, y diríase que hacen guiños y se mofan del curioso que las ve, y le hipnotizan con la monotonía de su impresión y con la sofocante atmósfera que les rodea, recuerdo de la que pudo tener aquella vasta región de más de 800.000 hectáreas antes de que el saneamiento en ella realizado convirtiese en comarca higiénica, rica y poblada la que era enfermiza, pobre y desierta duna.

Y cuando salimos de este panorama se nos presenta ya Burdeos con sus puentes y su hermosísima aguja de San Miguel, alta, afiladísima, un verdadero encaje de piedra; luego sus ricos viñedos, nuevos en su mayoría, porque los viejos los asoló la filoxera, ese parásito que ha destruído las dos terceras partes de la riqueza vitícola de la Francia, 1.492.867 hectáreas de plantación en 60 departamentos, en poco más de doce años; y detrás, algo más

lejos, entramos en la excelente estación de Poitiers.

Poco después el terreno presenta el aspecto de nuestras Castillas; comarcas llanas sembradas de campos de maíz y de cereales, y adornadas de alguna que otra alameda; antes de llegar á Orleans, menudean á los lados de la vía, pueblos alegres, de casas blancas y techos pizarrosos, rodeados de huertas y jardines; luego vuelve el país á hacerse monótono y llano, hasta que ya desde Étampes el panorama cambia, los caseríos abundan y el suelo se mueve formando valles y colinas; á cada dos kilómetros aparecen caseríos, grupos de viviendas, y no lejos de ellas algún cementerio sembrado de blancas cruces y de modestas y limpias sepulturas.

El tren cruza con rapidez por todo esto, sin permitir ningún examen satisfactorio, é insensiblemente va borrando distancias. Este montón de casas que dejamos á nuestra izquierda es Choisy-le-Roy, y aquí cerca, á la derecha, brilla en el suelo el renombrado Sena; el tren no se detiene, sigue vertiginoso su carrera, y poco después pasamos como una exhalación por delante de Vitry. Ya por

estos campos menudean las quintas, indicio de la proximidad de una gran población; el tren prosigue, siempre sin descanso y veloz, metiéndose entre infinitas posesiones, salva *Orléans-Ceinture*; ¡todavía faltan dos kilómetros más, y ya estamos dentro del circuito de la metrópoli! El espíritu nota una emoción grata y misteriosa: es la ansiedad de la llegada, que se aproxima; el tren parece que siente el mismo estímulo, y redobla su velocidad y se balancea como si corriera trémulo y nervioso, hasta que por fin se detiene y oímos la voz de un mozo de estación que nos grita: « ¡París! »

Estamos, pues, en París, y aunque el recuerdo sea vulgarísimo, al levantarnos para recoger nuestras maletas y saltar al andén, nos sentimos llenos con el pensamiento de que entramos en la que es ciudad entre las ciudades; objetivo suspirado del viajero; infierno de placeres; depósito de grandezas y miserias, de heroicidades y de crímenes; amasijo sin ejemplar de virtudes y vicios; grande en su historia; antigua entre las que más; monumental como pocas; fascinadora, impura é irresistible como ninguna;

teatro de los más sorprendentes sucesos; escenario permanente de las más hermosas esperanzas y de los más tristes desengaños; emporio animadísimo donde la Ciencia, el Comercio y la Industria pujan enfrente de la maldad, la vil explotación y el impuro tráfico; ciudad que lo mismo se agita con las destructoras convulsiones de la *Commune*, como se solaza con los admirables encantos de una Exposición universal, y que lo mismo regenera la Humanidad con sus delirantes revoluciones, como carcome y relaja lo que la sociedad tiene de más noble, la familia, con sus libidinosas costumbres.

Y por ser esto así, ya sin salir del coche que al hotel nos conducía, París metió por nuestros ojos y nuestros oídos fortísima impresión de vida, de regocijo, de fiesta, de alegría general y estrepitosa, la que producía la conmemoración de la fecha del 14 de Julio. Pero de ésta hablaremos mañana.

## II

EL 14 DE JULIO

París, 15 de Julio.

La animación extraordinaria que en los pueblos del tránsito pudimos observar ayer, las locomotoras engalanadas con banderas, las calles rebosando gallardetes, grímpolas, y las históricas oriflamas francesas, las salvas que atronaban las calles, todo revelaba claramente que Francia entera entregábase á las alegrías de una gran fiesta. Efectivamente; el 14 de Julio es el aniversario de la toma de la Bastilla y día de conmemoración política para el sentimiento republicano de esta nación, que disfruta actualmente de instituciones democráticas.

Imposible es aquí, en días de regocijado patriotismo, hacer otra cosa que no sea contemplar y recrearse con la fiesta, la cual en este año se ha solemnizado más fastuosamente que en los anteriores, por inaugurarse, en la

plaza antigua de Château d'Eau, hoy llamada de la República, una soberbia estatua consagrada á la República francesa; con este motivo el entusiasmo ha sido extraordinario, y solemnísimas han resultado la revista militar, las serenatas, y las iluminaciones, cucañas, y el derroche de percalina en banderas, gallardetes y oriflamas..., y sobre todo, provocador de febril entusiasmo ha sido el desfile de los batallones escolares y de la procesión civil ante la estatua descubierta. En dicha procesión civil han formado ciento sesenta y cuatro Cuerpos constituídos, Cámaras sindicales, Sociedades de tiro y gimnasia, militares, patrióticas, anticlericales, Logias masónicas, de socorros mutuos... todas provistas de sus estandartes, y sus individuos adornados de cintas, medallas, ramos, gorros nacionales y otros atributos semejantes; ha sido un desfile de muchos miles de personas que, formando una corriente apretada, se filtraba por el espesor de otra masa aun más formidable de algunos cientos de miles de espectadores que ocupaban la hermosa plaza de la República, los bulevares y calles afluyentes, y los balcones de las casas inmediatas.

Merece un estudio detenido, sin duda, la participación que este pueblo toma siempre en las fiestas, y el carácter carnavalesco en que al fin degeneran por su exceso de vida y de simbolismo. Los gorros frigos y escarpelas adornando la cabeza; los ramos, cintas y demás atributos — siempre con los colores nacionales, por supuesto, ¡esto jamás falta!— sobre el pecho; los cantos nacionales, petardos y gritos; la juventud, que se desata y bulle hecha una locura por todas partes; la madurez, que fácilmente se asocia á esta exuberante animación, y hasta la vejez (pues señoras ancianas y de buen aspecto hemos visto caminar muy serias por los bulevares, adornados sus pechos con chillones prendidos de actualidad), todos aprueban y aumentan la gritería. Un paseo nocturno hecho el día 14 de Julio por los *bulevares*, la plaza de la República y la de la Bastilla era curiosísimo y... temible: se veían los monumentos dibujados con aristas de fuego; las puertas y balcones ocultos tras apretados haces de banderas que resaltaban iluminadas por millares y millares de farolillos, grandes mecheros inflamados ú otras fuertes luminarias, á veces

más bien destinadas á exhibir estupendos anuncios que á solemnizar la toma de la Bastilla; las aceras obstruídas por compactas masas de gente y por consumidores de los cafés; de cuando en cuando una turba de personas alegres, con faroles en la mano y provocando espantosa gritería, empuja al tranquilo caminante y lo echa á un lado; en un balcón gigantesco, un grupo vestido de cazadores entona con sus trompas horrísono aire de caza; á cada diez pasos un petardo disparado cerca deja seco al desprevenido..., y de este modo París resulta un infierno.

Creo que toda persona que juzgue desapasionadamente el espíritu político de este pueblo francés, cuando menos el de París, no podrá desconocer que en la actualidad es más que ninguna otra cosa republicano; pero aun cuando así suceda, y por ello la fiesta del aniversario de la toma de la Bastilla le haya interesado sobremanera, paréceme que se debe una gran parte de la fenomenal alegría y la ruidosa expansión que desplegó en el día 14, al carácter por demás festero y alborotador que le distingue.

Es imposible formarse idea de lo que son